

ESBOZO DE UN ESTUDIO DIACRÓNICO DE LOS SISTEMAS  
FONOLÓGICOS DEL ESPAÑOL Y DEL FRANCÉS.  
EL CASO DE LA YOD CONTEMPORÁNEA.

JOSÉ ANTONIO VICENTE LOZANO  
C.R.I.A.R. de la Universidad de Ruán

En este artículo vamos a aplicar un análisis contrastivo fonético-fonológico de algunos de los sistemas que conforman o han conformado los idiomas castellano y francés, sirviéndonos en gran medida de los aportes no sólo de fonetistas y fonólogos, sino también de pedagogos y gramáticos que se dirigen a públicos que no tienen la lengua considerada en cada caso como lengua materna y en cuyas observaciones subyace un análisis contrastivo más o menos acertado, todo ello con el fin de aplicarlo a la didáctica interlingüística... También tendremos en cuenta, esporádicamente, los postulados y propuestas de obras que se dirigen a un público anglófono; lo que nos permitirá comparar las analogías y diferencias que se pueden establecer entre el inglés, el francés y el castellano, en aspectos fonético-fonológicos capitales. Evidentemente lo fonológicamente distintivo y relevante va a primar en nuestro estudio, de ahí nuestra gran deuda a los estructuralistas de hoy y de siempre como Trubetzkoy, Alarcos o Martinet, aunque intentaremos aclarar el alcance de algunas características fonéticas que permitan enseñar realizaciones normativas y no foráneas a los estudiantes de idiomas, con observaciones que ya figuraban en Malmberg o Navarro Tomás, o que matizaron, precisaron y de hecho siguen describiendo autores como Quilis o León. Diacrónicamente nos veremos abocados a dar una visión de conjunto de los sistemas respectivos, esencialmente a nivel fonológico. Finalmente, como muestra de confrontación de los sistemas contemporáneos, sobre los que nuestro conocimiento fonético es muchísimo más fiable (y que podemos verificar con experimentos de toda índole) nos centraremos en un punto

*Revista Española de Lingüística*, 30, 2, págs. 397-425.

punto que refleja similitudes y diferencias entre los idiomas español y francés: el caso de la yod, que se integra dentro de la problemática del repertorio de fonemas palatales de ambas lenguas, ya sea en el ámbito vocálico o consonántico.

1. De antemano concebimos ambos idiomas como suprasistemas formados a lo largo del tiempo, suprasistemas en el sentido de Alvar 1996, quien afirma que: «*Español* es el suprasistema abarcador de todas las realizaciones de nuestra lengua» (pág. 236), es decir, en términos de Coseriu: un conjunto de sistemas y normas con los que los hablantes se identifican y que distinguen de otros conjuntos como pueden ser el francés o el inglés... No en vano a los hablantes no lingüistas les cuesta distinguir los sistemas que conforman cada idioma, así un castellano o un normando va a confundir el diasistema del español o del francés (o el sistema que se considera estándar respectivamente) con la modalidad o una de las modalidades que él utilice, y seguramente con la modalidad que le resulta más familiar.

Por otra parte los estudiantes y locutores de uno u otro idioma asumen ideas comunes sobre la naturaleza fonética del idioma estudiado, que a veces les inducen a error y les impiden ver de manera clara y distinta el papel desempeñado efectivamente por constituyentes fonológicos esenciales. Pero incluso los gramáticos e investigadores también pueden llegar a interpretar algunos constituyentes de los sistemas fonéticos o fonológicos del español o del francés de manera universalista *in extremis*, lo que conduce a descripciones inadecuadas de unos u otros. Sin duda entre ambos idiomas hay intersecciones en los planos fonético y fonológico:

- (A1) les phonologies de langues en contact de fait ne sont jamais totalement étanches l'une à l'autre, la partie intersective des deux systèmes suppose que la langue maternelle ait *a priori* de quoi permettre une quantité non négligeable de «réussites» partielles (ou «totales»?) à certaine échelle en langue étrangère (Beaumat 1998, pág. 16).

Ahora bien, quedan por determinar exactamente esas zonas de intersección, más o menos amplias según se consideren suprasistemas, sistemas estándar o sistemas diatópicos. La interacción entre fonética y fonología no puede ser menoscabada y la separación de los ámbitos fonéticos y fonológicos tampoco, aunque haya casos en que prevalezca la intersección fonológica y la diferenciación fonética sea prácticamente irrelevante. Cuando la intersección se da sólo en el plano fonético la diferenciación fonológica se mantiene, y habrá que insistir en ella en el aprendizaje del idioma extranjero.

2. El sistema vocálico castellano parece a los franceses extremadamente simple, con sólo cinco vocales, frente al propio, mucho más complejo. En efecto, podemos representar un sistema fonético del francés contemporáneo con dieciséis realizaciones vocálicas y tres semiconsonantes como en (A28)<sup>1</sup>. En dicho gráfico ponemos entre paréntesis el rasgo de la nasalidad que caracteriza a cuatro sonidos que se realizan en puntos de articulación que coinciden con el de otros cuatro sonidos orales abiertos. En realidad, en lo que concierne a las vocales orales, este esquema es el resultado de la reestructuración del sistema fonológico del francés antiguo, que en el siglo XI se constituía de 7 fonemas, cf. (A24). Así, en el siglo XVI se llenaron las casillas vacías de tan desequilibrado sistema<sup>2</sup>, resultando un conjunto de 11 fonemas. Por otra parte se había iniciado ya desde antiguo un proceso de nasalización de vocales seguidas de consonante nasal, así, en el siglo XVII, antes de que se produjera la caída de la mayor parte de las [ə] finales se fonologizó la nasalización vocálica en sílaba cerrada por nasal (con la consiguiente caída de la consonante redundante) y así aparecieron los cuatro fonemas nasales cuyos restos vemos en el sistema fonético contemporáneo (A28).

De todos modos, actualmente, con respecto a (A28) según los dialectos y los idiolectos el número de sonidos suele ser menor, lo que conlleva un sistema fonológico muy inestable que diatópicamente puede variar entre 16 y 7 fonemas<sup>3</sup>. Los sonidos enmarcados en un mismo recuadro punteado pueden ser identificados con un mismo fonema según los hablantes, teniendo en cuenta además que la falta de fonemas vocálicos nasales se da sólo en algunas hablas del sur de Francia y que en las demás hablas se ha generalizado un subsistema nasal con sólo tres fonemas debido a la deslabialización de [œ] y su confusión con [ɛ̃] en un único fonema vocálico nasal palatal: /ɛ̃/<sup>4</sup>.

<sup>1</sup> Representamos al final del artículo los gráficos correspondientes con los sistemas del español y del francés a lo largo del tiempo.

<sup>2</sup> Cf. Baylon y Fabre 90 (pág.98) y Cantera e Yllera 74 (pág. 65).

<sup>3</sup> Los dieciséis primeros fonemas se corresponden con las realizaciones vocálicas propiamente dichas de (A28), y se dan en zonas arcaizantes como el macizo del Morvan o en locutores baluartes de una lengua conservadora, como algunos maestros de escuela de la posguerra. Podemos encontrar sólo 7 fonemas en el francés del Rosellón, resultado de la interacción de sustratos y adstratos catalanes, occitanos y del francés dialectal del Mediodía: /i/, /y/, /u/, /e/, /ə/, /o/, /a/ (cf. Lagarde 1996, pág. 83).

<sup>4</sup> Sin embargo en zonas del norte del suroeste francés, incluyendo a la región de Burdeos la oposición entre /œ̃/ y /ɛ̃/ se conserva hoy en día.

La inestabilidad de (A28) hace que sea prudente proponer un sistema ideal, al que tiende el francés contemporáneo estándar, con sólo diez fonemas, cf. (A26). Esta descripción nos parece más adecuada lingüísticamente que utilizar el término archifonema como hace Martinet 1970 (pág. 79):

(A2) Lorsqu'on traite des voyelles non nasales du français on a intérêt à partir des archiphonèmes, notés souvent au moyen des capitales /I E A O U Ü Ø/ qui représentent, dans cette partie du système les seules distinctions communes à tous les francophones.

De ahí cierta confusión en trabajos más o menos especializados entre las nociones de fonema y de archifonema<sup>5</sup>. Así Baylon y Fabre 1990 (pág.98) representan como archifonemas los constituyentes abiertos y medio-abiertos en un esquema similar al de (A26), pero tal representación carece de fundamento ya que en ella se identifica el término archifonema, resultado de la neutralización fonológica<sup>6</sup> con una especie de «diafonema» que intenta agrupar las realizaciones de los locutores que, verbigracia, en la serie media palatal no labializada poseen sólo un fonema /e/ (realizado en general [e] en sílaba abierta y [ɛ] en sílaba cerrada<sup>7</sup>) y los que conservan dos fonemas /e/ y /ɛ/. Puesto que la batalla la están ganando los locutores que han reducido el número de fonemas, (A26) constituye una representación más cercana de la probable fonología vocálica del francés estándar del siglo XXI, de momento la calificamos como ideal<sup>8</sup>, teniendo en cuenta que

<sup>5</sup> En la definición que da Catach 1995 de *archifonema* (pág. 18) omite hablar de la necesaria neutralización de la oposición de los fonemas que entran en juego: «Représentant de l'ensemble de traits phoniques pertinents communs à deux ou plusieurs phonèmes, qui sont par rapport aux autres dans un rapport exclusif.»

<sup>6</sup> Válido por ejemplo para los locutores que conservan la distinción entre /e/ y /ɛ/ tónicas, en sílaba libre tónica (como señalaba Trubezkoy 1938, pág. 80) y que la anulan en sílaba trabada tónica (con /E/, realizado [ɛ], desde el siglo XVI) o en posición átona (con /E/ realizado indistintamente como [e] o como [ɛ], según indica Catach 95 (pág. 18), en el caso de *maison*; /E/ que puede ser realizado también con timbres intermedios como [ɛ̃]).

<sup>7</sup> Esta distribución complementaria parece bien implantada en los dialectos del sur de Francia, mientras que en hablas de París a menudo se encuentra una realización abierta también en sílaba libre (cf. Léon 1997, pág. 45).

<sup>8</sup> Catach 1995 integra un número de vocales equivalente en su "sistema fónico mínimo", afirmando acerca del sistema con dieciséis vocales: «ce système ne répond actuellement ni aux réalités de la langue ni aux nécessités simplificatrices de la pédagogie» (pág. 37).

todavía existen locutores con sistemas de transición<sup>9</sup> u oposiciones vacilantes (por ejemplo con un solo fonema vocálico medioabierto palatal, tanto en la serie no labializada, como en la labializada, y sin embargo con dos fonemas en la serie velar, oponiendo *Paul*, /pɔl/, y *Paule*, /pol/; así como los hablantes que pudiendo servirse de otros sistemas más difundidos pueden guardar la distinción independientemente del contexto en un registro cuidado). De todos modos, en el caso de los hablantes que sí distinguen entre alguno(s) de los pares de fonemas medioabiertos, en posición átona las oposiciones respectivas se anulan, resultando archifonemas (por ejemplo, en la primera sílaba de palabras como *pêcheur/pêcheur*, *Europe* o *chocolat*) realizados con vocales de timbre intermedio: /E/, /ɛ/, /O/ (cf. Léon 1997, pág. 47)<sup>10</sup>. Curiosamente en lo que concierne a las vocales muy cerradas Baylon y Fabre 1990 no dan cuenta de ningún archifonema; no obstante, la oposición entre /i/ y la semiconsonante /j/ se anula cuando no van cerrando sílaba, puesto que ambos fonemas delante de vocal aparecen en distribución complementaria: [j] siempre que el grafema «i» o «y» aparezca en posición inicial de sílaba o precedido de una sola consonante, e [i] cuando el grafema «i» aparece precedido de dos consonantes, aunque en este último caso se añade una yod de transición:

(A3) *yé-yé* [jeje], *pied* [pje] vs. *prier* [prije]

En todos esos casos las realizaciones [j] o [i] no son sino alófonos del archifonema /J/. Las otras dos semiconsonantes hemos de considerarlas como variantes combinatorias de las vocales correspondientes (cf. Gardes-Tamine 1998, pág. 20 y págs. 31-32), que se dan siempre que aparecen ante una vocal. Pero teniendo en cuenta que en algunos casos, con realizaciones semiconsonánticas, la oposición entre el fonema labializado palatal y el labiali-

<sup>9</sup> Entre los cuales la oposición que goza con más vigor es la de la serie medioabierto velar: /o/ vs. /ɔ/, ya que en el léxico figuran pares mínimos en sílaba cerrada más frecuentes que los de las otras vocales de «doble timbre» (cf. Léon 1997, pág. 45).

<sup>10</sup> No obstante la confusión se da también en tratados que pretenden ser normativos, notemos por ejemplo que Le Goffic 1997 (pág. 15) reconoce que aunque él represente las formas del verbo *avoir* con [ɛ], muchos hablantes las realizan con [e], lo que a su modo de ver carece de importancia, puesto que la oposición fonológica se manifiesta sólo en sílaba acentuada (y *avoir* funcionaría eminentemente como verbo átono); ahora bien, esto sería válido sólo para las formas compuestas con participio (con el que *avoir* forma grupo fónico), ya que el acento es irrelevante fonológicamente en francés y que es completamente posible encontrar realizaciones tónicas de *avoir* con significado pleno, traducido por *tener* en castellano.

zado velar se anula a favor de este último (ej. *juin/joint*, pronunciados [jwɛ̃], cf. Léon 1997, pág. 46) nos parece conveniente hablar de un archifonema /U/ que junto con /J/ pasan a formar parte de (A27), representación fonológica más exacta del sistema vocálico del francés ideal que la propuesta en (A26).

Otro problema que se le plantea a la fonología francesa es la catalogación de las realizaciones de [ə] (schwa labializada, en general), que se conservan en la actualidad, diversas según la norma estándar o según normas dialectales, estilísticas o idiolectales. Este sonido se suele denominar *e muda* o *inestable*. Diacrónicamente, desde el siglo xv la schwa se labializa, resultando una realización intermedia entre [ø] y [œ], representada fonéticamente con el símbolo [ə]. Progresivamente dicha vocal va debilitándose en hiato (con testimonios de ello desde el siglo xiv, incluso antes de su labialización) y en posición final (llegando a caer en la mayor parte de los casos desde principios del siglo xvii). No obstante, puesto que cuando el grafema *e* se ha conservado en la ortografía (a pesar de haber caído fonéticamente), se puede restituir sin que cambie el sentido de la palabra, sería posible considerar que esa [ə] está fonológicamente al margen de la organización de los otros sonidos vocálicos de (A28), siendo la única vocal conmutable con el cero fonético (cf. Léon 1996, pág. 101). Ahora bien, considerar de manera equivalente todos los casos de *e muda*, desde el punto de vista fonológico, no nos parece apropiado. Cabe tener en cuenta que según los dialectos la llamada *e muda*, cuando se pronuncia, va a realizarse más o menos abierta ([ø] en París, [œ] en otros dialectos del norte de Francia, según Léon 1996, pág. 110); a ello ha podido contribuir la anulación de la oposición entre /ø/ y /œ/ para muchos hablantes, o el hecho de que en sílaba átona incluso los hablantes que mantienen la oposición la anulan con el archifonema /E/. Por otra parte, la *e muda* en la inmensa mayoría de los casos es átona, lo que puede explicar que haya confluído hacia ese mismo archifonema /E/, desde hace siglos; pero hoy día, en los casos en que excepcionalmente es tónica, en sílaba libre, los hablantes suelen pronunciarla igual que si del dígrafo *eu* se tratara (en general [ø]), lo que ocurre con los pronombres clíticos pospuestos por la modalidad imperativa:

(A4) *Prenez-le* [prœnelø]

Por todo ello, nos parece oportuno considerar a menudo a los tres sonidos labializados medio-cerrados como variantes de un mismo fonema. Las ob-

servaciones y testimonios de diversos lingüistas sobre distintos hechos fonéticos, apuntan hacia esa confluencia paulatina de los tres fonemas medio-abiertos palatales labializados, del siglo XVI, hacia un único fonema a fines del siglo XX: no en vano Catach 1995 trata las realizaciones de [ə] dentro del archigrafema EU (pág. 95), así como por muy aislado que parezca hoy en día no deja de ser relevante el hecho de que se pueda reemplazar por el cero fonético el grafema *eu* átono (ibídem pág. 99):

(A5) Le seul cas où l'on a parfois une élision est le mot *déjeuner*, mot très courant, parfois prononcé *déj'ner*.

Incluso se llega a reconocer abiertamente la anulación de la oposición entre los dos grafemas ( fonemas distintos en otra época, en otros contextos o para algunos hablantes), lo que ocurre: «dans les mots radicaux, comme *peuplier*, *beuverie*, etc.» (ibídem). De modo que a pesar de que se siga hablando de fonemas distintos (probablemente debido a interferencias gráfico-fonéticas, pero de dudosa pertinencia fonológica) a menudo se deja ver claramente que hoy en día se han llegado a confundir en muchos casos y para muchos hablantes. De momento, en los idiolectos en que prácticamente se ha consumado dicha confusión, es prudente hablar de un sólo fonema /œ/ (que puede tener hasta tres realizaciones posibles) y de un archifonema /E/<sup>11</sup> en el que se anula la oposición entre /œ/ y el cero fonético, lo que permite dar cuenta del hecho de que, por ejemplo, *cela* pueda ser pronunciado [sla] o bien pronunciado exactamente igual que *ceux-là* (con al menos tres realizaciones posibles, aunque [søla] sea la que se considera como normativa). Dicho archifonema es productivo en francés contemporáneo, llegando a poder encontrarse en variantes sociolectales de palabras que carecen etimológicamente de *e muda*, como *bonjour* [bɔ̃ʒurə] (cf. Léon 1996, pág. 145).

<sup>11</sup> Evidentemente caben otras explicaciones posibles al hecho de que haya *e mudas* que alternan con el cero fonético y otras que no, como establecer un fonema /ə/ que tendría como variante libre el cero fonético; a nuestro modo de ver esta explicación sería sólo válida para los sistemas de hablantes que nunca anularían la antigua oposición de *e muda* pronunciada y las realizaciones del dígrafo *eu*... También es posible considerar un sólo fonema /œ/ que podría caer en algunos casos (cf. Hall 1964, pág. 213), o bien un fonema /#/ que tendría como alófono [ə] (cf. Bec 1971, pág. 459). Sin embargo, adscribir a un mismo fonema todas las realizaciones [œ] no nos parece adecuado (pues no todas pueden conmutarse con [#]), y menos aún considerar el cero fonético como fonema... Mientras que la operatividad de un alófono [#] no deja ninguna duda, no sólo en el sistema vocálico, sino también en el consonántico, siendo por ejemplo /Z/ la marca frecuente del plural, realizado generalmente [#] ante consonante y [z] ante vocal.

Va resultando de esta manera un sistema equilibrado, con sólo tres grados de apertura fonológicamente, y además con el rasgo pertinente de la labialización en el seno de las vocales palatales, y en la mayoría de los dialectos con el rasgo pertinente de la nasalización que aporta tres vocales más, en los vértices del triángulo formado por la serie medioabierta y /a/. Considerando además la interacción del cero fonético con el sistema vocálico, que da lugar al archifonema / $\text{E}$ /.

3. El sistema fonológico al que tiende el francés contemporáneo sigue siendo complejo, pero menos que el del siglo XVI, en lo que concierne a las vocales orales, y menos que el del siglo XVII en lo que concierne a las nasales. De todos modos hay una diferencia fundamental entre los sistemas del español y del francés, que permite explicar el aparente desequilibrio cuantitativo entre ambos, se trata de la fonologización del acento tónico a nivel fonemático. Así, el hecho de que en castellano se puedan oponer palabras tónicas y átonas, como las que se ven afectadas por la llamada *tilde diacrítica*, nos incita a establecer en (A14) un sistema con diez fonemas vocálicos.

Desde un punto de vista intralingüístico dicha fonologización permite explicar la estabilidad del sistema vocálico castellano desde finales de la Edad Media<sup>12</sup>, frente a sus lenguas vecinas y hermanas, así como frente a otras lenguas de acentuación dinámica libre, como el ruso o el inglés, en las que las diferencias de timbre vocálico entre vocales tónicas y átonas se han visto favorecidas por la preeminencia del carácter exclusivamente prosódico de la acentuación, lo que habría beneficiado sólo a la relativa estabilidad de las vocales tónicas. No cabe duda de que, como señala Vaquero 1996 (pág. 23):

- (A6) Con carácter vulgar o rústico, y distinto grado de intensidad, aparecen en Hispanoamérica las vacilaciones vocálicas generales a todos los dialectos hispánicos: alternancias, trueques, cambios, diptongaciones, monoptongaciones y ultracorrecciones de todo tipo.

Pero dichas anomalías no han afectado al sistema fonológico estándar, y probablemente tampoco a los sistemas rústicos o vulgares en los que a ve-

<sup>12</sup> Efectivamente, dicho sistema vocálico debió establecerse en el transvase del español medieval al del siglo XVI, considerando que las numerosas vacilaciones y caídas vocálicas de los primeros textos literarios (*nol, dijol, pora*, etc.) no serían tan frecuentes cuando Nebrija escribió nuestra primera gramática, por lo que podemos suponer que las vocales átonas ya habrían adquirido su estatuto fonológico como constituyentes distintivos afectados por la correlación de tonicidad.



ces se abusan de ellas y en los que tampoco se va a vacilar en alterar o suprimir ocasionalmente alguna vocal tónica: por ejemplo en [ándeβámos], como pronunciación de *adónde vamos*, o en las variadísimas realizaciones de la vocal tónica en la fórmula de despedida *hasta luego* (cf. Quilis 1966, pág. 368, § 4).

Dicha oposición fonemática castellana se anula siempre ante pausa, lo que explica la realización tónica de las palabras átonas en metalingüística, por ejemplo; y, como ocurre en las palabras compuestas (cuyo primer elemento siempre pierde el acento con que figura en el repertorio léxico), cualquier palabra tónica perderá su acento cuando se adjunte proclíticamente a otra, como es el caso de algunas preposiciones polisílabas, y de algunos adverbios o adjetivos. Por todo ello a los diez fonemas referidos habría que añadir cinco archifonemas, realizados tónicos ante pausa y átonos en proclisis, como muestra (A15).

La presentación de tal estado de cosas en castellano ha de contribuir a infundir a los francófonos la idea de que la distinción entre vocales átonas o tónicas en castellano es tan importante como la distinción de fonemas consonánticos como /r/ y /r̄/. Para ello, también se puede sacar partido de la existencia de la acentuación fonética en francés al final de cada grupo fónico, lo que les puede ayudar a percibir la naturaleza de la acentuación en castellano, sobre todo teniendo en cuenta que, excepcionalmente, se pueden encontrar en francés oposiciones fonéticas entre realizaciones átonas y tónicas de secuencias fonemáticamente semejantes, como en el contraste entre:

(A7.1) *je ne savais que faire* (no sabía qué hacer), con pausa y /kœ/ tónico,  
y

(A7.2) *je ne savais que faire cela* (no sabía hacer otra cosa), sin pausa y  
/kœ/ átono,

aunque, debido a su carácter exclusivamente fonético, se ha de guiar a los alumnos para que sientan esa diferencia posible en francés. De hecho, los alumnos familiarizados con otros sistemas que sí gozan de acentuación fonológica (como por ejemplo los descendientes directos de españoles o portugueses) son los que con más facilidad consiguen reproducir espontáneamente esa distinción normativa que se adscribe más bien a un registro culto y cuidado, y que podemos encontrar en frases con modalidad interrogativa o imperativa opuestas a realizaciones meramente enunciativas (cf. (A4) supra, vs. *Vous le prenez* [vulproene]).

Estos ejemplos pueden servir de muestra de algo parecido, pero sólo excepcionalmente, a lo que ocurre tan a menudo en castellano. El llevar la analogía entre ambas lenguas más lejos, en lo que concierne a la acentuación nos parece inadecuado y lo que es peor, nefasto para la asimilación por los alumnos del sistema castellano, puesto que con ello no se les incita a marcar el carácter fonológicamente esencial de la acentuación de que carece a todas luces el francés. Así, observaciones como las de Sauve 1997 no pueden sino desorientar a los alumnos (pág. 116):

- (A8) Le français, qu'on pourrait croire, à première vue, assez pauvre, sur le plan accentuel, établit pourtant, de son côté, une distinction entre *mon*, atone, et *mont*, tonique, de même qu'entre *ton*, possessif, et *ton*, ou *thon*, substantif, à et *a*, *ou* et *où*, etc.

puesto que el carácter tónico o átono de dichas palabras depende exclusivamente de su posición en el discurso, siendo tónicas solamente cuando se encuentran al final de un grupo fónico. Así, los supuestos pares mínimos que propone dicho autor se ven neutralizados, por decirlo de alguna manera, como refleja la evolución de la expresión *la fête bat son plein*, donde la palabra *son*, desempeñaba la función de un sustantivo átono (con la acepción de *sonido*, para indicar algo así como que «la fiesta está en su mejor momento») y que hoy en día se interpreta como el posesivo, auténtico homófono en el discurso, puesto que es muy normal encontrar dicha expresión construida con el posesivo *leur*, como refleja esta frase sacada de la tesis doctoral de Lagarde 1996 (pág. 138):

- (A9) Le développement industriel, l'élévation du niveau d'instruction qui transforme autant de «cols bleus» en «cols blancs» ainsi que la «tertiarisation» que connaissent les nationaux battent leur plein, et libèrent de nombreux postes de travail non-qualifiés ou peu qualifiés, que viennent occuper les immigrants.

Una evolución semejante sería impensable en castellano, cuya correlación de tonicidad le ha dotado de un sistema vocálico de diez fonemas, lo que le sitúa casi al mismo nivel que el francés contemporáneo, puesto que también serían diez los fonemas del sistema ideal (A26).

4. En cuanto al sistema consonántico ambos idiomas presentan algunas realizaciones diferenciadoras, que constituyen dificultades que los estudiantes respectivos deberán vencer para conseguir una competencia lingüística aceptable en la lengua estudiada, pero curiosamente dichas diferen-

cias afectan a menudo sólo a hablantes de algunos dialectos más o menos mayoritarios, así la vibrante apicoalveolar del castellano no cuesta ningún trabajo a los habitantes de zonas rurales de la región de Berry, que la realizan de manera idéntica cuando hablan francés, así como el fonema rehilado palatal francés va a ser pronunciado correctamente por hablantes sevillanos que también utilizan realizaciones rehiladas en castellano. El hecho de que el castellano, en general, desconozca realizaciones vibrantes velares y que el francés ignore realizaciones africadas, explica que, curiosamente, lo que se ha estigmatizado en la caracterización del español *con acento francés* y del francés *con acento español*, es la dificultad, por ejemplo, de hablantes de París o Lyon, que realizan una vibrante o fricativa velar para pronunciar el grafema «r» o el dígrafo «rr», o hablantes de Madrid o Burgos, que identifican /ʒ/ con el fonema sonoro palatal castellano que ellos no realizan rehilado y sí, a menudo, como africado. Merece la pena por tanto dilucidar los elementos característicos de ambos sistemas fonológicos a nivel sincrónico, para corregir errores de interfonologización en el idioma extranjero; al mismo tiempo no cabe duda de que, con la ayuda de las huellas dejadas a través de la etimología y los préstamos, un análisis contrastivo diacrónico puede corroborar algunas de las distintas hipótesis que se han ido forjando a través de diversos estudios monolingües. Así, bien es sabido que el sistema consonántico latino carecía principalmente de fonemas puramente consonánticos en la zona palatal<sup>13</sup>, en cuanto a su punto de articulación, y carecía también de fonemas fricativos sonoros, en cuanto a su modo de articulación; veremos cómo es principalmente en esos ámbitos de creación neolatina en los que ambos idiomas van a presentar mayores divergencias a lo largo del tiempo.

---

<sup>13</sup> Cuando hablamos de *zona palatal* fonológicamente nos referimos a un rasgo pertinente: [+ palatal], que permite oposiciones con fonemas ligados a otras zonas fonológicas, marcados con otros rasgos distintivos. Se trata de una abstracción. Ahora bien, aunque su relación con una zona fisiológica determinada (el paladar) justifique este metalenguaje, cabe insistir en el hecho de que sonidos realizados en la zona fisiológica palatal se adscriben a otros órdenes fonológicos (como la realización chilena [c] de /k/), así como sonidos más o menos alejados del paladar medio pueden verse adscritos a la zona fonológica palatal (por ejemplo todos los casos de /s/ realizados en la zona alveolar, dental o dentoalveolar, que se opongan a /θ/ en los mismos idiolectos). Hubiera sido posible optar por una terminología más hermética, pero menos ambigua (como «zona (fonológica) 3», por ejemplo), pero esto nos hubiera alejado innecesariamente de la terminología usual en fonología española.

5. Frente a lo inestable del sistema vocálico, contrasta en francés la gran estabilidad de su sistema consonántico, como reflejamos en (A29)<sup>14</sup>, donde aparecen también las realizaciones semiconsonánticas labiovelar o labiopalatal, que se suelen adscribir a fonemas distintos de los vocálicos, aunque no sea posible encontrar pares mínimos que los opongan. Como ya hemos indicado, nosotros los consideramos alófonos de los fonemas vocálicos labializados muy cerrados. Ese equilibrio del sistema consonántico es sobre todo notable en el ámbito del primer subsistema de Omnès: el de las consonantes oclusivas y fricativas, orales no líquidas (dejando al margen los fonemas o alófonos semiconsonánticos). Lo que queda manifiesto comparando dicho subsistema con (A33), que se impuso ya en el siglo xvi. Ambos son idénticos. Si bien es verdad que en (A29) transcribimos la que suele ser la representación tradicional, siguiendo un criterio articulatorio, nos parece más conveniente tener también en cuenta la interferencia con el rasgo acústico difuso/compacto y establecer el esquema que proponemos en (A30), que da mejor cuenta de su carácter equilibrado y explica su enorme estabilidad al cabo de cuatro siglos.

Diacrónicamente en el paso del sistema medieval al del siglo xvi se produjo la pérdida de africadas, que constituye una de las características fonológicas del francés estándar contemporáneo. Por su parte el orden alveolar ni siquiera debió de ser pertinente en el francés medieval (y tal vez tampoco en galorrománico...), las realizaciones más o menos alveolares serían meras variantes de fonemas dentales; la competencia entre /ð/ (aparecida hacia el siglo vi) y /z/ debió de ser efímera en el paso del latín vulgar al galorromance, frente a lo que ocurrió en las zonas donde se impondrá el castellano, en las que /ð/ se conservará y se integrará en /d/ en español medieval, en galorromance /ð/ caerá por completo, proceso que culmina entre los siglos ix y xi (cf. Laborderie 1994, pág. 68).

Es difícil determinar cuándo se produjo la fonologización de yod en francés, fácil de verificar como fonema consonántico en la actualidad. Desde el

---

<sup>14</sup> En estos esquemas nos hemos basado, en parte, en la representación del sistema castellano de Omnès 1995 (pág. 28), que propone para las consonantes dos subsistemas: el de las consonantes orales no líquidas y el de las consonantes líquidas y nasales; dentro de un tercer subsistema se encuadrarían los fonemas vocálicos y semiconsonánticos. También recurrimos a los símbolos del alfabeto fonético internacional (1989, cit. Duchet 1995, pág. 50), a veces con ajustes aplicados al español que figuran también en D'Introno et alii 1995 (pág. 118). Además a lo largo de este trabajo acomodaremos a esta simbología esquemas y datos procedentes de otros investigadores, en aras de cierta homogeneidad expositiva.

punto de vista intrasistemático la fricativización de la africada /dʒ/ refleja que dicha fonologización de [j] no había sido anterior al siglo xvi, puesto que la [j] procedente del latín en francés ha dado como resultado /ʒ/ (seguramente resultado de un fonema /j/ del romance occidental, realizado como prepalatal africado en las regiones donde se impondrá el francés medieval). Ahora bien, hasta que no se realizó la caída de /ə/ final, no se podía encontrar [j] en posición final, que es el contexto que va a permitir su fonologización (todavía parcial hoy en día, puesto que en todos los demás casos [j] se da como realización del archifonema /J/). De ahí concluimos que /j/ sólo pudo aparecer a partir del siglo xvii, y no en todos los dialectos. La existencia de un fonema /j/, fonéticamente mediopalatal, facilitó la pérdida del fonema mediopalatal lateral, y acabó absorbiéndolo, en general ya antes del siglo xx.

Por último, por muy equilibrado que parezca el sistema consonántico de principios del siglo xx, a lo largo de este siglo se están forjando tendencias fonológicas que pueden desestabilizarlo en un futuro más o menos lejano. Así hoy en día podemos encontrar al menos hasta cinco realizaciones fonéticas del monogramema «r» y del dígrafo «rr»:

(A10)

- a) [ɣ] fricativa dorsouvular
- b) [ʏ] fricativa dorsovelar
- c) [ʀ] vibrante múltiple dorsouvular
- d) [r] vibrante simple apicoalveolar
- e) [r̄] vibrante múltiple apicoalveolar

Además de ellas pueden aparecer, respectivamente, variantes sordas en contacto con consonantes sordas. Aunque se suele considerar que en su conjunto constituyen todas esas variantes constituyen un ejemplo clarísimo de lo que es un fonema, puesto que dichas realizaciones no se pueden oponer fonológicamente en un mismo idiolecto, en realidad no todas ellas se adscriben a un mismo sistema fonológico, con rasgos pertinentes idénticos. Así, la oposición vibrante/lateral que era operativa en el siglo xvi (teniendo en cuenta que la oposición vibrante simple/vibrante múltiple se anuló), conservada en la zona alveolar hasta el siglo xix por la aristocracia y en algunas zonas rurales de Berry, Borgoña o Quebec, por ejemplo, en el siglo xx, se mantuvo aunque hubiera trasladado su realización a la zona compacta. Esta realización vibrante uvular sería la más frecuente a principios de siglo, y la que se conserva en la canción popular de intérpretes como Mireille Mathieu o, esporádicamente, en zonas como Valonia. Sin embargo, la pre-

sión de los dialectos parisinos ha hecho que se imponga claramente la realización uvular fricativa en la segunda mitad del siglo xx.

Por otra parte, la influencia fonética de los anglicismos está provocando en algunos hablantes la fonologización de realizaciones hasta ahora regionales como [ŋ] (típica del marsellés), en el caso de la grafía «-ing» en palabras como *parking*, *bowling*...; de la misma manera que las secuencias /tʃ/ y /dʒ/ difonemáticas en francés, para algunos hablantes están empezando a participar en oposiciones fonéticas entre, por ejemplo: *gin* [dʒin] y *jean* o *jeans* [ʒins]; estas oposiciones están legitimadas en francés estándar en algunos casos: *jet* [ʒɛ] («chorro») vs. *jet* [dʒɛt] («reactor», anglicismo), lo que puede llevar a una fonologización de las africadas perdidas desde la Edad Media. Aunque tal vez ya se dé en ciertos idiolectos alguno o algunos de esos fonemas idénticos a los del inglés, nos parece prematuro presentarlos como integrantes del que se puede considerar como sistema estándar contemporáneo, reflejado en (A31).

6. Frente a la estabilidad extraordinaria del sistema vocálico castellano desde finales de la Edad Media, el sistema consonántico ha sufrido transformaciones transcendentales hasta llegar a los sistemas contemporáneos. Aunque algunas de sus particularidades se hayan mantenido hasta nuestros días, así según Penny 1993 (págs. 94-6), la distinción entre dos fonemas sonoros en la zona labial: /b/ y /β/, todavía viva en el siglo xiii, se puede considerar prácticamente desaparecida a finales del siglo xv en las zonas del norte (en lo que concierne a las hablas del sur, la indistinción culminará a mediados del siglo xvi). Así, de la misma manera que en el sistema estándar actual, en (A20) interpretamos /β/, /ð/ y /ɣ/ como fonemas<sup>15</sup> con dos variantes, una fricativa y otra oclusiva (cf. la opinión de Gutiérrez, in Lathrop 1984, pág. 219). Por otra parte ese sistema consonántico medieval contenía varias zonas en desequilibrio en su última fase, en el siglo xv (cf. Darbord-Pottier 1994, pág. 83). La inercia para solventar los desequilibrios del sistema ha debido desempeñar un importante papel en su evolución, como siempre en interacción con factores de todo tipo (substrato, adstrato, superestrato, fisiología, léxico...). A fines de la Edad Media, en el sistema que llega al siglo xvi, la zona palatal parece ser la más inestable, con dos fonemas fricativos sonoros (frente a un solo fonema sonoro en las zonas labial, dental y velar, y un solo fonema fri-

<sup>15</sup> Como hace Ariza 1992, hemos optado por la transcripción de los alófonos fricativos para representar esos tres fonemas del castellano, teniendo en cuenta que dichos alófonos constituyen las variantes más frecuentes en las realidades discursivas, aunque ésta no sea la práctica más usual, nos parece más coherente con la idiosincrasia fonético-fonológica del castellano.

cativo sonoro en la zona alveolar). Con relación a la zona labial, que se debió de percibir como la más estable de todas, las zonas dental y velar carecían de fricativa sorda. En cuanto a la zona alveolar, a pesar de estar bien equilibrada con cuatro fonemas, aparece completamente aislada frente a las demás, con su organización cuadrangular (que es la que se impuso en francés). Diatópicamente se puede constatar que (A20) fue más duradero en las zonas del Centro y Norte de España (donde la mayor parte de esas oposiciones fonológicas estaban vigentes ya en época de Alfonso X), mientras que en el Sur, si aceptamos la cronología propuesta por Penny 1993 (pág. 101) la zona alveolar estaría ausente en el siglo xvi (según él, en esos dialectos, /ts/ y /dz/ ya se habían incorporado a la zona dental en el siglo xv).

A partir de ese sistema el proceso de transfonologización que conducirá al castellano estándar contemporáneo se inicia en español clásico por una parte, con la reestructuración de la zona palatal para paliar la coexistencia de dos fonemas fricativos sonoros; es así como el fonema fricativo sordo absorbe al que le resultaba más cercano fonéticamente: /ʒ/<sup>16</sup>. Por otra parte este ensordecimiento se realiza al mismo tiempo que el de los fonemas sonoros de la zona alveolar<sup>17</sup>. De modo que, como muestra (A21), a finales del siglo xvi, en los dialectos concernidos, la zona alveolar pasa a ser la más divergente en el seno del sistema y la zona palatal adquiere el equilibrio triangular del que ya gozaba la zona labial en el sistema (A20).

Con el tiempo dicha zona alveolar acabará desapareciendo de todos los territorios hispanohablantes, puesto que desde el siglo xvi se va a intentar una transfonologización que lleve a un sistema más equilibrado, con el objetivo de llenar las casillas vacías de las zonas dental y velar, así como eliminar la zona fonológica alveolar. De esa manera, desde los diasistemas de fines de la Edad Media, en España y América se va a rellenar la casilla vacía de la zona dental gracias a un desplazamiento de fonemas que en el medioevo se adscribían a la zona alveolar. Lógicamente los territorios más conservadores inten-

<sup>16</sup> Es el sistema vigente cuando Hernán Cortés descubrió México, Cervantes escribió su *Quixote* y el francés nos prestó su *chef*, al que se le añadiría una *e* paragógica: *xefe*. Restos de la ortografía de ese fonema /ʃ/ han quedado en la norma mexicana contemporánea; mientras que su pronunciación ha quedado fosilizada en el *Don Quichotte* ultrapirenaico.

<sup>17</sup> Se suele hablar de ensordecimiento de fonemas sibilantes (cf. por ejemplo, Lloyd 1993, pág. 426-7), para relacionar a los tres fonemas concernidos. Ahora bien, el rasgo *sibilante* no es pertinente fonológicamente, como tampoco lo es el rasgo *chicheante*. Preferimos hablar de ensordecimiento de los fonemas marcados con el rasgo [+ fricativo] o [+ oclusivo] (en (A20) es este el caso del semioclusivo /dz/), en posición intervocálica.

taron mantener el mismo número de fonemas que en (A20), por eso en ellos sólo se desplazó hacia la zona dental la africada /ts/, que fue adquiriendo poco a poco una articulación interdental revolucionaria<sup>18</sup>; en los otros dialectos la solución va a ser más económica y más segura todavía, confluyendo el resultado de la africada y el de la fricativa en un único fonema menos novedoso articulatoriamente, se trata de la solución seseante. En pleno siglo de Oro el sistema más conservador pasa a ser el más irregular, cf. (A22) y (A23).

Finalmente, ya en el mismo siglo xvi empieza a encontrarse el desplazamiento de /ʃ/ hacia la casilla vacía de la zona velar, como consecuencia de ello, en el siglo xvii se generaliza por todos los dialectos el fonema /χ/, que a pesar de sus diferentes realizaciones constituye una de las peculiaridades del castellano moderno<sup>19</sup>. Por todas partes se empieza a extender la supresión del fonema palatal lateral, que se caracteriza por ser sonoro como /j/, con el que se acaba identificando en general. Así, en castellano contemporáneo, si nos atenemos a las consonantes nasales y líquidas, en casi todas partes encontramos /ɲ/, mientras que sólo en los dialectos más conservadores perdura /ɲ/. El yeísmo se está generalizando en nuestra época, lo que nos permite asistir a la muerte de un fonema y así comprender mejor los fenómenos de desfonologización y cambios fonéticos más o menos difundidos que se han podido dar en el pasado. Téngase en cuenta que el yeísmo también se dio en francés y se generalizó mucho antes que en castellano.

Por lo que respecta a las consonantes orales no líquidas, el diasistema consonántico del español estándar contemporáneo guarda un notable equilibrio en las cuatro zonas fonológicas, cf. (A16). Dicho diasistema se corresponde con la mayor parte de los dialectos del centro y norte de España, pero es minoritario en todo el ámbito hispanohablante, que a pesar de su vasta e intercontinental geografía conserva relativa unidad, considerando que son muchos los dialectos del sur de la Península Ibérica, de las Islas Canarias y de toda América, que tienen cabida dentro del diasistema que proponemos

<sup>18</sup> Según Ariza /θ/ se generalizó en la primera mitad del siglo xvii, aunque ya se podía encontrar en el siglo xvi como muestran los testimonios de los gramáticos (*op. cit.*, pág. 166).

<sup>19</sup> Cabría representar dicho fonema como /h/, transcribiendo la realización fonética mayoritaria. En algunos dialectos del sur de la península dicho fonema ya existía como resultado de /f-/, realizado [h], por lo que en el siglo xx perduran fósiles como «cante jondo», [hóndo], así como pronunciaciones andaluzas, canarias e hispanoamericanas con /h/ para étimos latinos que presentaban *f-* inicial (ej. *hambre*, [hámbre]). No obstante, podemos suponer que dicho fonema medieval se hubiera perdido por su limitado alcance, y que sólo la transfonologización de /ʃ/ pudo contribuir a su renacimiento.



en (A17)<sup>20</sup>. Por su parte, Alarcos describe ambos (dia)sistemas a través de rasgos acústicos (1965, pág. 170) o articulatorios (1994, págs. 31 y 35); según él, en la serie palatal hay un desequilibrio, que se puede representar como consta en (A18), llegando incluso a afirmar que «es posible que se tienda a integrar estos tres fonemas de modo más perfecto como apuntan las articulaciones regionales» tales como la fricativa rehilada o la fricativa sorda (cf. Alarcos 1965, pág. 176). Esto ha llevado a interpretaciones inadecuadas, como la de Bec 71, quien acaba por proponer un haz cerrado en la zona palatal, que daría cuenta de dichas realizaciones diatópicas tal y como representamos en (A19); sin embargo dichas variantes diatópicas no se pueden identificar en ningún dialecto como realizaciones fonéticas respectivas de los tres fonemas /tʃ/, /s/ y /j/; con propuestas similares se intentan equiparar sistemas y normas esencialmente distintos, como (A16) y (A17) o el andaluz y el argentino *ʃifeantes*, ya que [ʃ] como alófono de /s/ es característico sólo de algunos escasos dialectos o idiolectos del ámbito de (A16), mientras que las articulaciones regionales [ʒ] y [ʝ] en dialectos seseantes pueden tener una naturaleza fonológica muy diversa (compárese el alófono [ʝ] de algunos andaluces con el sonido semejante que en el Río de la Plata está tomando auge como fonema palatal fricativo, en lugar de [ʒ] fonéticamente y de /j/ fonológicamente; de la misma manera que [ʒ] en la mayoría de los dialectos rehilantes es alófono de /j/, pero en algunos dialectos de transición hacia el yeísmo resulta de la deslateralización de /ʎ/ y por lo tanto se opone a /j/). Cabe preguntarse si no se le está atribuyendo trascendencia fonológica a distinciones puramente fonéticas, sencillamente porque se pretende integrar dentro de un mismo sistema «realizaciones regionales» dispares y que en general poco tienen que ver con los subsistemas de la norma estándar. Es cierto que dichas realizaciones divergentes suelen proceder de dialectos ligados al diasistema descrito en (A17) o limítrofes con ellos; lo cual no es de extrañar, teniendo en cuenta el desequilibrio evidente que se da en dicho diasistema en el seno de la zona palatal.

7. Justamente en el ámbito de la zona palatal se encuentra la yod<sup>21</sup>, tanto en las realizaciones castellanas como francesas. Efectivamente el al-

<sup>20</sup> En adelante representaremos sólo los subsistemas que presentan divergencias con respecto a (A16), es decir, dejaremos de lado los subsistemas de líquidas y nasales que presentan mayor uniformidad en el ámbito hispanohablante.

<sup>21</sup> Dicho término se puede emplear en sentido amplio, como hace Ariza 1992 (pág. 18), englobando a todas las realizaciones semiconsonánticas o semivocálicas palatales, sin labialización. Nosotros preferimos utilizarlo en sentido estricto refiriéndonos sólo a la semiconso-

cance fonológico de la yod constituye un problema en el análisis contrastivo de estas dos lenguas. Se trata de un fonema consonántico a todas luces en francés puesto que permite oponer pares mínimos como:

(A11) *pays/paye abbaye/abeille*

aunque dicha oposición sólo es posible en posición final de sílaba, encontrándose en los demás casos el archifonema /J/ incluido en la representación ideal de (A27).

Omnès, así como diversos hispanistas franceses consideran que en castellano la [j] de *bien* y la consonante sonora no líquida son siempre realización de un mismo fonema consonántico, seguramente por influencia de la interpretación tradicional del sistema de su propia lengua (que trata como un mismo fonema todas las realizaciones de lo que nosotros describimos como fonema o como archifonema). Ya Alarcos demostró que la vocal muy cerrada, con su realización semiconsonántica, se opone fonológicamente a la consonante sonora no líquida en contextos precedidos de consonante en interior de palabra como *abierto* o *abyecto*, lo que está en acuerdo con los principios de diferenciación fonológica de Trubetzkoy. De manera que en castellano estándar también es pertinente proponer un fonema consonántico /j/, que sólo se opondría a /i/ cuando va precedido de consonante; en todos los demás casos encontramos el archifonema /I/ realizado en general como consonante fricativa o aficada, prepalatal o mediopalatal, rehilada o no, todo ello según diversos dialectos e idiolectos, siempre y cuando vaya acompañado de otra vocal formando grupo tautosilábico<sup>22</sup>. Curiosamente, en fonosintaxis los hablantes de una u otra lengua no van a percibir funcionalmente al archifonema correspondiente de manera idéntica, por ejemplo, en castellano se suele utilizar la conjunción *y* delante de *hierro* o *yerba* (en lugar de su alomorfo *e*, requerido tras la vocal /i/), mientras que en francés se va a utilizar la apóstrofe delante de *hier* o *york*, como si el primer sonido fuera una vocal normal y corriente...

Por otro lado, algunos dialectos hispánicos, presentan realizaciones semiconsonánticas o semivocálicas del (archi)fonema español, y que tal vez pudieran adecuarse dialectalmente al sistema propuesto por Omnès y co-

---

nante [j], que se encuentra en las versiones estándar de las dos lenguas que nos ocupan después del fonema labial en la palabra *bien*.

<sup>22</sup> En los demás casos cf. lo dicho en § 3 supra, sobre las realizaciones vocálicas de /I/; otra posibilidad sería adscribir dichas realizaciones consonánticas a un archifonema /J/, pero nos parece más costoso funcionalmente, teniendo en cuenta que de todos modos la oposición se anula con toda [i] átona, ya sea o no resultado de la anulación de la oposición entre *i/* e */i/*.

mún en muchos manuales franceses. Por ejemplo en el sureste de México (estados de Tabasco, Campeche y Yucatán), Lope Blanch 1990 cataloga unas trece realizaciones posibles del fonema /j/, siendo las más próximas a la yod estándar las predominantes (pág. 29):

- (A12) Ante todo advertimos que en esta zona de México, es más vigorosa la tendencia hacia las realizaciones abiertas (...): De 41 informantes cuya habla es evidentemente polimórfica, en 23 de ellos aparecen sólo las variantes abiertas relajadas (= 56%), mientras que los sujetos en que el polimorfismo es de tipo exclusivamente rehilante son sólo 6 (= 14,6%); en los 12 restantes (= 29%) alternan las realizaciones abiertas con las rehiladas. Esto significa, además que articulaciones abiertas se hallan en un total de 35 hablantes (86%), y rehiladas en 18 (44%). Además, la frecuencia de las variantes relajadas, en el habla individual, es bastante superior a la de las rehilantes.

No nos parece aventurado proponer que en los sistemas de algunos de esos hablantes se encuentra efectivamente un fonema /j/ en el que confluyen todas las realizaciones de las grafías *i* e *y*, cuando funcionan como margen silábico.

Las diferencias entre la yod francesa y el fonema consonántico castellano se dan también a nivel fonético. Y las dificultades que pueden encontrar los estudiantes a lo largo de su aprendizaje permiten poner de relieve dichas diferencias. Así, al menos en el castellano del centro y norte de España, el fonema sonoro no líquido se realiza en la norma estándar con dos variantes una que presenta oclusión, realizada africada, y otra que presenta exclusivamente fricción. Un francés principiante puede transcribir la realización africada de *yo*, como *dio*, condicionado por la ausencia de africadas en su lengua y una analogía inexacta: /j/ = /j/ (lo que le lleva a percibir [dʒ] como [dj]). De la misma manera que un hispanófono no rehilante va a confundir /ʒ/ con /j/ y realizar la secuencia *vocal nasal* + /ʒ/ como *vocal nasalizada* + [n] + [dʒ], calcando los hábitos distribucionales de su dialecto.

Efectivamente la distinción entre [j] y [j], no suele ser muy relevante<sup>23</sup>, en general, prueba de ello es que se anula incluso en dialectos hispánicos. Sin embargo, en determinadas distribuciones, sobre todo si el sonido en

<sup>23</sup> Lo que suelen poner de manifiesto las obras contrastivas dirigidas tanto a anglófonos (cf. Dalbor 1997, pág. 207; Barrutia-Schwegler 1994, pág. 21) como a francófonos (Serralta-Tusón 1967, pág. 85).

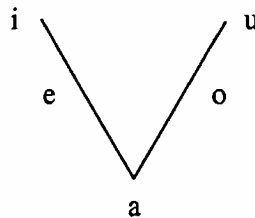
cuestión va acompañado de [i] se pueden plantear confusiones fonológicas. Así, en áreas como las referidas en (A12) la confusión fonológica entre /i/ y /j/ ha contribuido, junto con otros factores, al empleo de *allá* como alomorfo de *allí*... De hecho, todas las realizaciones de /j/ en francés no son homogéneas, lo que varía también según los hablantes. A grandes rasgos, los hay con una realización semiconsonántica siempre aproximante y otros que a veces van a producir realizaciones más próximas de la fricativa castellana. En el caso de los primeros la comunicación a veces va a poder ser perturbada, como refleja el espectrograma (A34), cuyo hablante queriendo pronunciar *allí* llega a una realización percibida como *ahí*, debido a la suavísima transición de los formantes semiconsonánticos a los vocálicos. Los segundos van a tener que corregir la tendencia fonética a colocar un sonido consonántico de transición para marcar el hiato entre /i/ y otra vocal subsiguiente<sup>24</sup>, para evitar que se perciban como secuencias /i/+j/+vocal/, lo que impide oponer *comía* y *comilla*, por ejemplo. En un nivel avanzado de aprendizaje y perfeccionamiento los francófonos habrán de acostumbrarse a realizar [j] más abierta en castellano, como variante de /i/. Los hispanófonos no rehilantes podrán asimilar fácilmente las realizaciones de /j/ teniendo en cuenta secuencias semejantes que se dan en castellano, como en *ahora*: [jaóra] (cf. Torres Monreal 1980, pág. 19), en aras de una desfricativización del fonema francés.

8. Salta a la vista lo extremadamente equilibrado del sistema consonántico del castellano del norte y centro de España, con su /s/ fonéticamente áptico-alveolar pero bien integrada en la zona fonológica palatal que permite preservar el fonema realizado interdentalmente completamente aislado en el mundo hispánico, pero no en el sistema de los hablantes que lo seguimos utilizando. El sistema del francés es también muy equilibrado, desde hace siglos, dicho equilibrio se manifiesta aún más si se interrelacionan los fonemas palatovelares entre sí, en correlación con los de los dos órdenes difusos, constituyendo en el ámbito de las oclusivas y de las fricativas tres cuadriláteros perfectos... Por su parte los sonidos y el fonema deslizados forman la transición hacia el sistema vocálico. Ahora bien, los funcionalistas siempre han dejado explícito que las razones intrasistemáticas, a pesar de jugar un papel determinante en la evolución de las lenguas, no son las únicas ni las más importantes. Como prueba de ello tenemos que el español

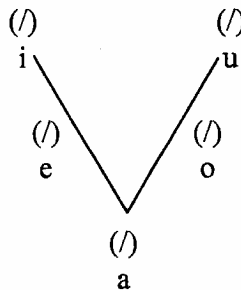
<sup>24</sup> Esta tendencia también es posible en algunos dialectos, como en el español de Guinea Ecuatorial, cf. Quilis 1996, pág. 382: *ríos*, pronunciado [rijos].

del siglo xx, para casi todos sus hablantes es seseante, porque no ha sido el sistema más equilibrado el que se ha impuesto en la España del Sur, ni consecuentemente en Canarias y el Nuevo Mundo. De la misma manera que el francés de París, con su /ʁ/ fricativa no sólo ha acabado con la pertinencia del rasgo vibrante sino que ha introducido un factor de desequilibrio en el sistema cuadrangular conservado durante cuatro siglos. Como es de ley, no se ha de considerar ningún factor cultural, fisiológico o lingüístico como exclusivo o preponderante. Fonológicamente la lengua de la capital francesa sí se está imponiendo en la francofonía, pero la lengua de Madrid goza de otra suerte en el ámbito hispanohablante y no sólo a nivel extrapeninsular. Así, comparando los sistemas mayoritarios hoy en día en los dos suprasistemas del español y francés, es evidente que el sistema vocálico castellano goza de un equilibrio secular frente a lo inestable del sistema consonántico, mientras que en francés ocurre lo contrario. Aunque no deja de haber tendencias desequilibradoras o equilibradoras en ambos casos, como la fonologización de vocales abiertas para paliar a la pérdida de /-s/, en algunos idiolectos y dialectos hispánicos o la marcada tendencia al equilibrio en el sistema vocálico ideal, real ya para algunos hablantes del francés contemporáneo.

(A13) Sistema vocálico del castellano medieval:



(A14) Sistema vocálico del español estándar contemporáneo (sin archifonemas):



(A15) Sistema vocálico del español estándar contemporáneo (con archifonemas):

i/i/ɪ	u/ú/U
e/é/E	o/ó/O
a/á/A	

(A16) Sistema consonántico mayoritario en el centro y norte de la España monolingüe:

zona 1: labial		zona 2: dental		zona 3: palatal		zona 4: velar	
/p/	/β/	/f/	/v/	/θ/	/tʃ/	/s/	/k/
			/ð/		/j/		/ɣ/
			/l/				
			/r/ , /r̄/				
	/m/		/n/		/ɲ/		

(A17) Subsistema consonántico de la inmensa mayoría de regiones hispanohablantes:

zona 1		zona 2		zona 3		zona 4	
/p/	/β/	/f/	/v/	/s/	/tʃ/	/k/	/ɣ/
			/ð/		/j/		

(A18) Subsistema propuesto por Alarcos para las regiones concernidas por (A16)

zona 1		zona 2		zona 3		zoan 4	
/p/	/β/	/f/	/v/	/q/	/tʃ/	/s/	/k/
			/ð/		/j/		/ɣ/

(A19) Sistema fonético que propone Bec, para la zona palatal:

zona 3	
[tʃ]	[ʃ]
[ç]	

(A20) Sistema consonántico del siglo xv:

zona 1: labial	zona 2: dental	zoan 2bis: alveolar	zona 3: palatal	zona 4: velar
/p/	/f/ /t/	/ts/	/s/ /tʃ/	/ʃ/ /k/
/β/	/ð/	/dz/	/z/ /ʒ/	/j/ /ɣ/
		/r/ /r̄/	/l/ /ʎ/	
/m/		/n/	/ɲ/	

(A21) Subsistema de transición en las regiones de (A16), en el paso de (A20) hacia (A23)

zona 1	zona 2	zona 2bis	zona 3	zona 4
/p/	/f/ /t/	/ts/	/s/ /tʃ/	/ʃ/ /k/
	/β/	/ð/	/j/	/ɣ/

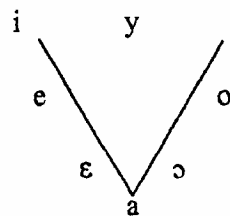
(A22) Subsistema consonántico del siglo de Oro en las regiones de (A17)

zona 1	zona 2		zona 3	zoan 4
(p/	/f/ /t/	/s/	/tʃ/	/ʃ/ /k/
/β/	/ð/		/j/	/ɣ/

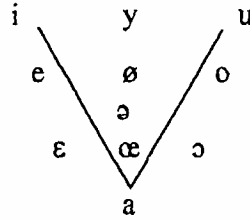
(A23) Subsistema consonántico del siglo de Oro en las regiones de (A23)

zona 1	zona 2	zoan 2bis	zona 3	zona 4
/p/	/f/ /t/ /q/		/s/ /fʃ/	/ʃ/ /k/
/β/	/ð/		/j/	/ɣ/

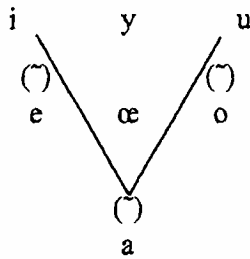
(A24) Sistema vocálico del francés medieval



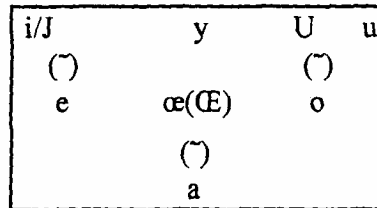
(A25) Sistema vocálico del francés del siglo XVI



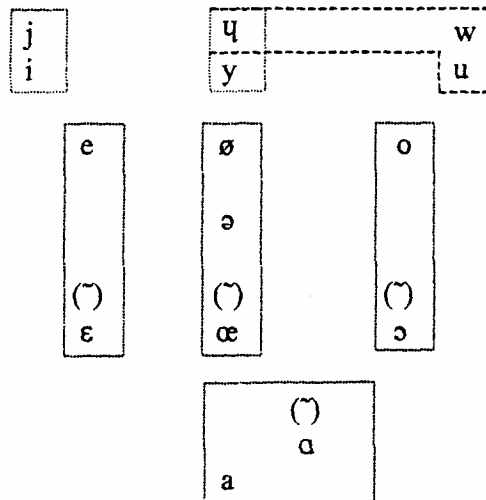
(A26) Sistema vocálico del francés ideal (al que tiende el francés contemporáneo estándar):



(A27) Idem con los archifonemas:



(A28) Diasistema de sonidos vocálicos o semiconsonánticos posibles en francés contemporáneo:





(A29) Sistema consonántico del francés estándar (1.<sup>a</sup> mitad del s. xx), criterio articulatorio

zona 1: labial	zona 2: dental		zona 3: palatal	zona 4: velar
/p/	/f/ /t/	/s/	/ʃ/ /k/	
/b/	/v/ /d/	/z/	/ʒ/ /g/	
	/l/			/R/
/m/	/n/		/ɲ/	
			/j/ [ɥ] [w]	

(A30) Ídem, criterio acústico-articulatorio

zona I: difusa labial	zona II: difusa dental	zona III compacta
/p/	/f/ /t/	/s/ /k/ /ʃ/
/b/	/v/ /d/	/z/ /g/ /ʒ/
	/l/	/R/
/m/	/n/	/ɲ/
		[w][ɥ] /j/

(A31) Sistema consonántico del francés estándar contemporáneo

zona I: difusa labial	zona II: difusa dental	zona III: compacta palato-velar	zona IV: compacta uvular
/p/	/f/ /t/	/s/ /k/ /ʃ/	
/b/	/v/ /d/	/z/ /g/ /ʒ/	/ʁ/
	/l/		
/m/	/n/	/ɲ/	
		[w][ɥ] /j/	

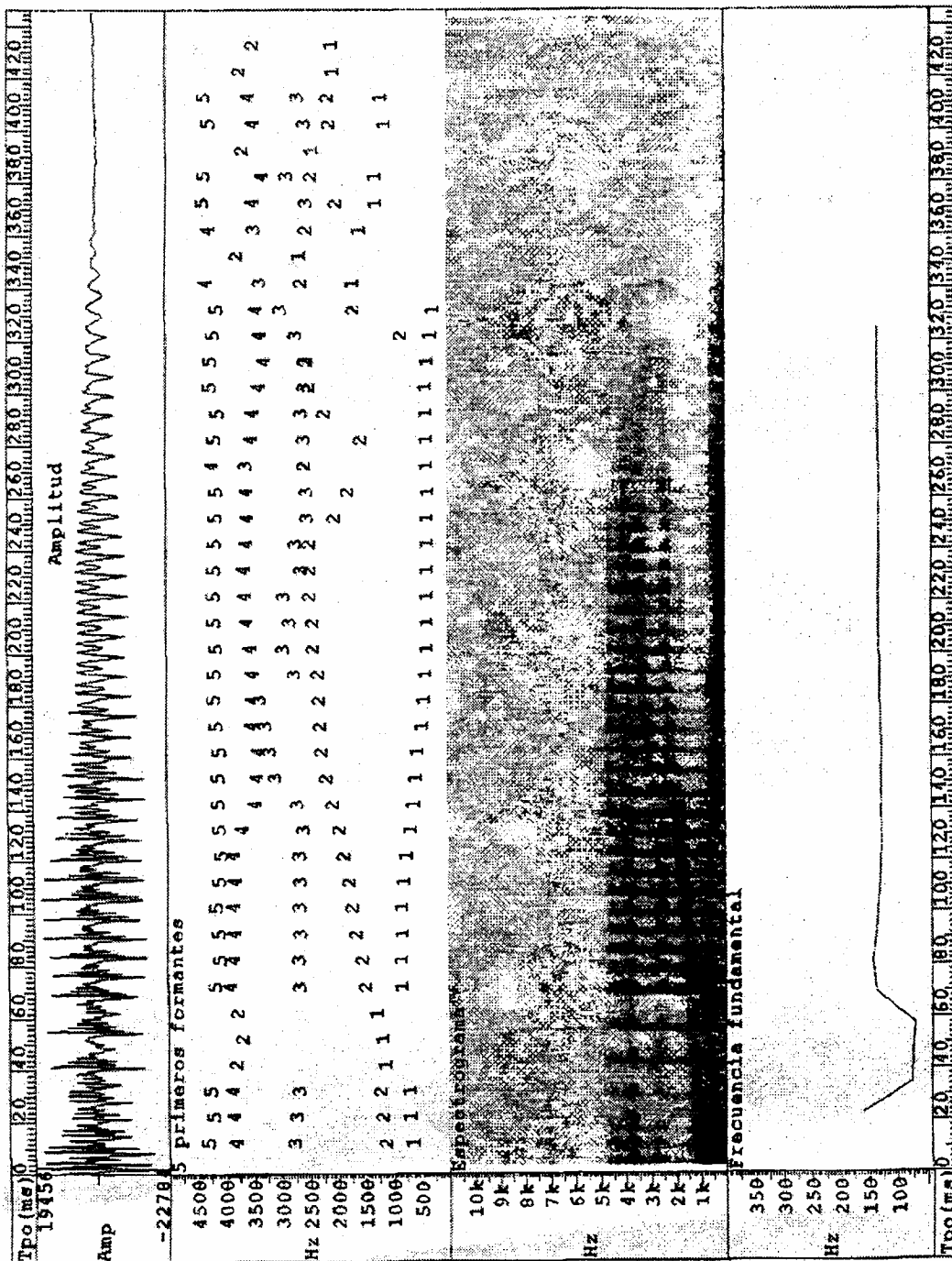
## (A32) Sistema consonántico del francés medieval (s. xi)

zona 1: labial	zona 2: dental		zona 3: palatal	zona 4: velar
/p/	/f/ /t/	/s/		/k/ /h/
/b/	/v/ /d/	/z/		/g/
			[j][ç]	
	/ts/		/tʃ/	
			/dʒ/	
	/l/		/ʎ/	
	/r/, /r̄/			
/m/	/n/		/ɲ/	

## (A33) Sistema consonántico del francés renacentista (s. xvi)

zona 1: labial	zona 2: dental		zona 3: palatal	zona 4: velar
/p/	/f/ /t/	/s/	/ʃ/	/k/
/b/	/v/ /d/	/z/	/ʒ/	/g/
			[j][ç]	[w]
	/l/		/ʎ/	
	/r/, /r̄/			
/m/	/n/		/ɲ/	

(A34) /ají/ Voz masculina (20 años). Locutor francés.



## BIBLIOGRAFÍA

- Alvar, Manuel (Dir.) (1996): *Manual de dialectología hispánica. El español de España*, Barcelona, Ariel (Col. Ariel Lingüística).
- Ariza Viguer, Manuel (1992): *Manual de Fonología Histórica del Español*, Madrid, Editorial Síntesis.
- Barrutia, Richard; Schwegler, Armin (1994): *Fonética y fonología españolas*, Nueva York, John Wiley & Sons.
- Baylon, Christian; Fabre, Paul (1990): *Initiation à la linguistique*, París, Nathan.
- Beaumont, Eric (1998): «Identité linguistique et filtres phonologiques, III», en Luquet, G. (ed.), *Travaux de linguistique hispanique*, París, Presses de la Sorbonne nouvelle), págs. 13-30.
- Bec, Pierre (1971): *Manuel pratique de philologie romane*, París, Picard, tomo 2.
- Cantera, Jesús e Yllera, Alicia (1974): *Esquemas de fonética francesa*, Madrid, Universidad Complutense-Seminario de Lingüística Francesa.
- Catach, Nina (1995): *L'orthographe française*, París, Nathan.
- Dalbor, John B. (1997): *Spanish pronunciation*, Nueva York, Holt, Rinehart and Wilson.
- Darbord, Bernard; Pottier, Bernard (1994): *La langue espagnole: éléments de grammaire historique*, París, Nathan (1.ª ed. 1988).
- D'Introno, Francesco, Del Teso, Enrique y Weston, Rose Mary (1995): *Fonética y fonología actual del español*, Madrid, Cátedra.
- Duchet, Jean-Louis (1995): *La phonologie*, París, P.U.F. (1.ª ed. 1981)
- Gardes Tamine, Joëlle (1998): *La grammaire. 1. Phonologie, morphologie, lexicologie*, París, Armand Colin.
- Hall, Robert A. (1964): *Introductory Linguistics*, citado según la traducción de Henry Schogt en *La phonologie* (Léon, Pierre y alii, 1977), París, Klincksieck.
- Hernández Alonso, César (Coord.) (1992): *Historia y presente del español de América*, Valladolid, Junta de Castilla y León-Pabecal.
- Joly, Geneviève (1995): *Précis de phonétique historique du français*, París, Armand Colin.
- Laborderie, N. (1994): *Précis de phonétique historique*, París, Nathan.
- Lagarde, Christian (1996): *Le parler «melandjao» des immigrés de langue espagnole en Roussillon*, Perpignan, Presses universitaires - CRILAUP.
- Le Goffic, Pierre (1997): *Les formes conjuguées du verbe français. Oral et écrit*, París, Ophrys.
- Lope Blanch, Juan M. (1990): «Algunos casos de polimorfismo fonético en México (Consideraciones geo- y sociolingüísticas)», *Investigaciones sobre dialectolo-*

- gía Mexicana*, México, Universidad Autónoma de México, págs. 17-33 (1.ª ed. 1979).
- Léon, Pierre R. (1990): *Phonétisme et prononciation du français*, París, Nathan.
- Léon, Monique; Léon, Pierre (1997): *La prononciation du français*, París, Nathan.
- Lloyd, Paul M. (1993): *Del latín al español*, Madrid, Gredos.
- Martinet, André (1970): *Eléments de linguistique générale*, París, Armand Colin (edic. de 1996).
- Penny, Ralph (1993): *Gramática histórica del español*, Barcelona, Ariel.
- Quilis, Antonio (1966): «Notas para el estudio del habla de Madrid y su provincia», *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, Madrid, C.S.I.C., Tomo 1, págs. 365-372.
- (1993): *Tratado de fonología y fonética españolas*, Madrid, Gredos.
- (1996): *La lengua española en Guinea Ecuatorial*, en Alvar 1996, págs. 381-388.
- Torres Monreal, Francisco (1980): *Pronunciación y ortografía del francés para hispanohablantes*, Madrid, SGEL.
- Sauve, Michel (1997): *Cours de linguistique espagnole*, París, Ellipses.
- Serralta, F.; Tusón, V. (1967): *Phonétique espagnole pratique*, Toulouse, Institut d'Etudes Hispaniques, Université de Toulouse.
- Trubetzkoy, N. S. (1938): *Principes de phonologie*, París, Klincksieck (Col. Tradition de l'Humanisme, VII, edición de 1986, título alemán: *Grundzüge der Phonologie*).
- Vaquero de Ramírez, María (1996): *El español de América I. Pronunciación*, Madrid, Arco Libros.
- Vicente Lozano, José Antonio (2000): «Phonétique et phonologie(s) de la zone palatale en castillan», en *Hommage à Robert Omnès* (Cahuzac, P., ed., Brest, Publications de l'Université de Bretagne Occidentale), pág. 99-113.